



CUANDO

Le m ber

Pocos sabían que Pedro Lemebel tenía un hermano, quien es el único pariente directo. Es Jorge Mardones, comerciante, tres años mayor que el fallecido escritor. Aquí habla por primera vez públicamente de la infancia de ambos, de cómo fue crecer juntos, de la manera en que la familia asumió su homosexualidad y de las circunstancias que los distanciaron. "He lamentado no haber compartido más con él", reconoce.

POR ANDREW CHERNIN
FOTO CARLA PINILLA

ERA
MARDONES



"El departamento donde vivía Pedro lo cerramos. Incluso le cambiamos las chapas. Cuando fui iba mal. Pensaba qué voy a hacer con esto, si no entiendo nada", dice Jorge Mardones.

En la primera imagen hay un gato, y Pedro Lemebel, que aún era Mardones, ya estaba armando un espectáculo. Tenía 3 años o puede que hayan sido 4, pero lo importante, en ese recuerdo de su hermano Jorge (65), es otra cosa: que todo eso sucedió en un mundo muy distinto del que tiene hoy. Uno que recién ahora, cinco semanas después de la muerte de Pedro, vuelve a recordar.

—Nosotros —dice Jorge Mardones— jugábamos al circo. Poníamos una sábana como columpio y subíamos a nuestro gato, que se llamaba Toto, para que se balanceara. Llamábamos a todos los niños para que vinieran a verlo. Lamentablemente, vivíamos cerca de un canal.

—El Zanjón de la Aguada.

—Claro. Un día el gato Toto se cayó al canal y se ahogó. Nos quedamos sin artista. A esa parte llegaban muchos camiones a buscar ripio. Nosotros, cuando niños, lo único que queríamos era irnos colgando atrás del camión. Éramos un grupo como de cinco niños y todos queríamos lo mismo. Una vez logramos tirarnos todos, menos mi hermano.

—¿Qué le pasó?

—El camión lo atropelló. Eso no lo sabe nadie. Yo tenía como 10 años, el Pedro 7 y el camión le pasó una rueda por encima. Le fracturó la pierna. Estuvo mucho tiempo en el hospital y mi mamá fue la que se llevó todo el peso de llevarlo al médico. Gracias a Dios, se mejoró, pero estuvo mal. Después no podía caminar bien. Tenía un injerto muy grande en la pierna, a la altura de la rodilla. No me acuerdo bien cuál de las dos fue.

—¿Cómo llega su familia al Zanjón de la Aguada?

—Es que a mi abuela la engañaron. Olga Lemebel se llamaba. En ese tiempo ella vivía por ahí por la calle Victoria, en Santiago, que eran como cités, con Violeta, mi mamá, y una tía. Un día sale en venta un terreno y mi abuela lo compra. El terreno estaba en el Zanjón, pero no era una casa ni nada. Era una muralla de adobe. Ahí se hicieron una mediagua y ahí fue donde crecimos.

Así describió Lemebel esa mudanza en su libro de crónicas *Zanjón de la*

Aguada: “Tal vez alguien nos dijo que existía el Zanjón y para no quedarnos a la intemperie, llegamos a esas playas inmundas donde los niños corrían junto a los perros persiguiendo guarenes. Y la cosa fue tan simple, tan rápida, que por unos pesos nos vendieron una muralla, ni siquiera un metro de terreno, solo era un muro de adobes que mi abuela compró en ese lugar (...). A diferencia de mis vecinos, la fachada entumida de mi casa tenía cara de casa, por lo menos desde el callejón parecía casa, con su ventana y su puerta, que al abrirla, mostraba un escampado, no tenía piezas, solamente el fondo abierto del eriazó donde el viento frío del amanecer entraba y salía como Pedro por su casa”.

Al recordarle esta descripción, Jorge Mardones dice que fue así. Que crecer en el Zanjón fue tal como su hermano lo contó. Y que Violeta Lemebel, su madre, siempre quiso surgir para poder salir de ahí.

—¿Cómo se daban cuenta de eso?

—Mi mamá nos juntaba a los dos y nos contaba un cuento donde hablaba de gente pobre y gente rica. Ella nos hacía entender que nosotros teníamos que luchar por la vida para poder lograr éxito. Mi mamá también tenía una radio RCA y escuchábamos un cuento que contaban ahí. Era un radioteatro y el Pedro, por esa misma época, como niño, empezó a escribir cosas raras en una libreta que tenía. Tenía un cuento que se llamaba *La hormiguita cantora*. Creo que aún está en la casa.

—¿Cómo era la relación de su madre con Pedro?

—Ella siempre dormía con él. Yo creo que la única que entiende a este tipo de personas es la mamá. Las madres son las únicas que tienen ese poder de entenderlos. Y mi mamá fue la parte más importante de su vida. Porque cuando muere mi mamá, en 2001, un poco más y se mata el Pedro.

—¿Y su padre tomaba bien eso?

—No, perfecto. Mi padre fue un hombre que quizá no tuvo mucha educación, pero tenía un cariño hacia las personas.

—¿Cuándo les dice Pedro que era gay?



Arriba: El funeral de Pedro Lemebel fue multitudinario, pero Jorge Mardones (en la foto circular) no estuvo en la primera línea. Derecha: Los recuerdos sobre cómo fue crecer en el Zanjón de la Aguada, Lemebel los escribió en un libro del mismo nombre. Abajo: Retrato de Lemebel realizado por el fotógrafo Pedro Marinello y una imagen con su gran amiga, la dirigente comunista Gladys Marín. El escritor tenía avanzado un libro sobre ella.

Seix Barral BURELUTICA BUREL

Pedro Lemebel Zanjón de la Aguada



JORGE SÁNCHEZ, CAMILA LUCERO, CNN

—Uno se fue dando cuenta con el tiempo. Y lo asumimos nomás. Él no nos dijo “soy esto”. No dijo nada. Mi padre lo asumió y mi madre, con mayor razón. Pero nunca hicimos un comentario de nada. Nuestra vida siguió igual.

—¿Cómo tomó su padre la sexualidad de Pedro?

—Nunca lo conversamos. Nunca dijo nada.

Alejarse

Pedro Mardones Paredes había llegado a Santiago desde el pueblo de Nueva Imperial, en la Región de La Araucanía, buscando alguna oportunidad laboral. Sus padres, Antonio y Julia, fallecieron cuando era niño. Por eso, su crianza quedó a cargo de un tío. En la ciudad, dice Jorge, el único trabajo que pudo conseguir con facilidad fue el de panadero. Haciendo eso conoció a Violeta Lemebel Lemebel, 14 años menor que él. En 1949, cuando ella tenía 20, dio luz a Jorge. Tres años después, en 1952, nació Pedro Segundo. No tendrían más hijos. Pedro Mardones y Violeta Lemebel solo oficializaron su matrimonio en el Registro Civil en 1954.

—Mi papá era un hombre de trabajo. Partió en una panadería cerca de la población Dávila, en Pedro Aguirre Cerda. Trabajó incluso en la San Camilo. Después postuló a la Penitenciaría para enseñarles a los presos a hacer pan en los talleres. Lo aceptaron. Estuvo varios años ahí. Tuvo muchas anécdotas. Una vez un preso quería pegarle con una pala donde estaba el horno. Cuando supo eso, mi mamá no quería que siguiera más en la Penitenciaría.

—¿Qué tan distinta era su madre de su padre?

—Mi mamá era la que nos protegía de todo. Mi papá era el hombre que trabajaba, que traía dinero a la casa. Él, por ejemplo, el 18 de septiembre nos llevaba a las fondas del Parque O'Higgins. Nos compraba esos gorros de papel que vendían. Mi padre jugaba en un club deportivo que estaba en calle Arturo Prat, le decían el “Peyuco”. Y en ese tiempo el Pedro recitaba poesías. Entonces, cuando iba el Pedro lo pescaban, lo paraban

en una mesa, y él empezaba a recitar y cantaba.

A fines de los 50 o comienzos de los 60, la familia Mardones Lemebel dejó el Zanjón y se cambió a la población Roosevelt, en Cerro Navia. La casa la consiguió la abuela Olga y fue el paso previo a la mudanza definitiva, en 1962, a los blocs en Departamental, en la comuna de San Miguel, que consiguió el Sindicato de Panificadores y Molineros. Era un departamento de 65 metros cuadrados, construido en 1960 en hormigón armado. Vivían en el departamento 12, tercer piso.

—Fue un cambio de vida. Teníamos un grupo de amigos ahí. Al Pedro le decían “Pepo”, a mi mamá la conocían como “Kika”. Y a veces ellos dos también se enojaban. Él le decía a ella: “Me voy a matar”, y de repente se metía en su pieza y no aparecía más. Bueno, a nadie le daba susto. Una vez llegó una amiga que él tenía en el segundo piso, Gloria se llamaba, y mi mamá le dijo que él estaba en su pieza. La Gloria entró y se cayó al suelo. “¿Qué pasó?”, preguntamos. Corrimos a mirar y vimos que Pedro había hecho un mono con una escoba, que se parecía a él, y lo había colgado como si estuviera muerto. Ese tipo de cosas hacía.

—¿Se refugiaba mucho en su pieza?

—Cuando él no estaba, entrábamos a su pieza para ver qué cosa nueva había hecho. Porque él dibujaba en las murallas de su pieza. Hacía figuras bien extrañas que no se entendían mucho. Eran como del comunismo o del socialismo. Hacía unas lámparas de tarro y en ellas dibujaba, por ejemplo, a Pablo Neruda y lo hacía bonito. También dibujaba caricaturas, las recortaba y armaba figuras. A nosotros nos fascinaba entrar a la pieza de él y a él no le gustaba que lo hiciéramos. La cerraba, porque era como su secreto. No le gustaba que nadie viera lo que tenía.

—¿Por qué cree que pensaba así?

—Él era especial, y en esa época una persona como Pedro era muy mal criticada. No como ahora. Hoy todo el mundo dice, yo soy así y punto. En ese tiempo era algo como raro. Y cuando una persona era así, hasta los padres

de repente no querían decirle a nadie que su hijo era así. A mi hermano siempre lo molestaron mucho.

—¿Qué le decían?

—Yo era como el defensor. De repente le decían la palabra “maricón” y una cachada de apelativos más que le ponían. Yo tenía que salir a pelear. Si le decían algo o le hacían algo, yo les decía: “Te espero afuera, afuera te las voy a dar”. Y yo peleaba. Me pegaron varias veces. Pero yo también pegué.

—¿Pedro la pasaba mal en el Liceo Industrial de hombres?

—No era capaz de soldar. No servía para eso, él era un artista.

“

Tres o cuatro días antes de que falleciera lo fui a ver. Estaba en la UCI, mal. Pero igual le tomé la mano y le hablaba. Sé que él me escuchaba

”

En una crónica sobre sus recuerdos de Camilo Escalona, vecino suyo en los blocs, Lemebel cuenta cómo era ser niño en esa población: “Si lo pienso pendejo de apenas 9 o 13 años, no puedo dejar de ver el acuario de sus ojos, que era lo único verde que chispeaba en el descolorido paisaje de la zona sur, en esos bloques de tres pisos que para nosotros eran tan altos, cuando jugábamos a ser trapeceistas descolgándonos por sus barandas y fierros, a los gritos aterrados de alguna mamá tapándose los ojos para no ver el equilibrio suicida de los niños en el vacío de los bloques. Los edificios de la pobla, esas cajas de cemento para almacenar familias de mapuches panaderos que eran nuestros vecinos,

nuestros compañeros de juegos, esas largas tardes del verano proleta”.

En 1971, Pedro Mardones Lemebel entró a estudiar Artes Plásticas en la Universidad de Chile. Eso lo convirtió en el primer universitario de la familia. Jorge dice que nunca se le conoció una pareja estable. Dos años después, en febrero de 1973, Jorge se casó con Bernardita Caro Agurto, con quien tuvo tres hijos. Nunca fue a la universidad. Desde que terminó el liceo se dedicó al comercio. Fabricaba muebles y artesanías. Tras toda una vida junto a su hermano, era como si las historias de ambos se separaran.

—¿Cuándo empiezan a distanciarse?

—Debo haber tenido unos 22 años y él 19.

—¿Fue porque él entró a la universidad?

—Fue porque empecé con mi negocio y viajaba mucho para el sur. Entonces no nos veíamos tanto. Por el trabajo nos distanciábamos. Él después hizo clases en colegios.

—¿Recuerda dónde?

—No. Sé que en Puente Alto. Mi mamá sabía esas cosas. Sé que hubo padres que alegaron que él fuera profesor, por ser así. Ser lesbiana, ser maricón, antes no era lo mismo. Un poco más y los mataban.

—¿Él lo escondió?

—Nunca.

La carrera literaria de Pedro Mardones, que decidió cambiar su apellido a Lemebel para diferenciar su nombre del de su padre, comenzó en 1986 con la publicación de siete relatos en la antología *Incontables*, y explotó a mediados de los 90 con la edición de *La esquina es mi corazón, Loco afán y De perlas y cicatrices*. Eso, sumado a las performances que realizó a fines de los 80 con el artista Francisco Casas, en un dúo conocido como Las Yeguas del Apocalipsis, convirtieron a Lemebel no solo en un autor celebrado, sino que en una suerte de portavoz punzante del Chile escondido, herido y postergado. En vida, Pedro Lemebel alcanzaría a publicar nueve libros. En 1996 tuvo un programa en radio Tierra, “Cancionero”.

—¿Sus padres leían las crónicas de Pedro?

—Escuchaban “Cancionero” más

que nada. Mi mamá no se perdía ningún programa.

-Si su padre nunca lo rechazó, ¿por qué Pedro tenía más cercanía con su madre?

-No entiendo, en realidad. El cariño de él era para los dos. Lo que pasa es que con mi mamá se entendía más. Porque mi mamá, por ejemplo, pescaba un lápiz de cejas y le arreglaba las cejas. O le decía: "Mira, así te ves mejor". Mi mamá lo miró como la hija que nunca tuvo.

-¿Usted leyó los libros de su hermano?

-Si yo le digo que nunca he leído un libro de mi hermano, no me va a creer. Pero es verdad: nunca he leído uno. Lo que pasa es que yo tengo un problema a la vista. Solo he visto partes.

Acercarse

Pedro Lemebel murió en la madrugada del 23 de enero pasado, en la Fundación Arturo López Pérez. Lo mató un cáncer de laringe que lo deterioró lentamente, desde 2011. Tenía 62 años. Sus amigos, la gente a la que inspiró, llegaron a acompañarlo. También estuvo Jorge. Fue una de las pocas veces en que el mundo de Pedro Lemebel y Pedro Mardones volvieron a juntarse.

-Nadie sabía que él tenía un hermano. Solo sus amigos sabían de mí. Cuando llegué al hospital, le dije a la enfermera: "Vengo a ver a mi hermano". "¿Quién es su hermano?", me preguntó. "Pedro Lemebel", le respondí. "Hay harta gente -me dijo-, pero voy a hablar para que entre usted primero". La gente que estaba ahí dijo: "Viene el hermano de Pedro". Y todos quedaron mirando para ver quién era.

-¿Por qué cree que él tomó esa decisión de no hablar del resto de su familia?

-Es que yo tampoco hablaba de él. Nunca lucré diciendo: "Este es mi hermano". Pero la distancia nos separaba. Cada cual vivía su mundo.

-¿Qué decía él sobre la vida que usted había tomado?

-Le encantaba que yo tuviera un gran auto, porque lo cambiaba todos los años. Me felicitaba por eso, me decía: "Venme a buscar".

Con sus hijos fuera de la casa,

Pedro Mardones y Violeta Lemebel quedaron solos en el bloc de Departamental. Murieron con dos años de diferencia. Ella en mayo de 2001, a los 71 años, días después de que su hijo lanzara su novela *Tengo miedo torero*. Él en diciembre de 2003, a los 88. Nueve años más tarde, Pedro Lemebel le escribiría una dedicatoria en *Háblame de amores*: "Para Pedro Mardones Paredes, mi padre, por la áspera ternura de su caricia rural".

-¿Cómo cambia Pedro después de la muerte de su madre?

-Decayó mucho. Ya no era el mismo. Mi mamá lo levantaba y él también a ella. Cuando muere mi mamá, poco más que quería morirse con ella. Fue terrible. A ella le vino una enfermedad que poco a poco la fue consumiendo. Una insuficiencia renal.

-¿Qué recuerdos tiene de su hermano en los días posteriores a la muerte de ella?

-El día del funeral fue muy terrible, porque andaba totalmente desubicado. No sabía qué hacer. Andaba con su amiga, la Gladys Marín. Andaba como trastornado. Empezó a escribir menos. Empezó, también, con el trago.

-Cuando fallece su padre, ¿fue muy distinto?

-No, igual. Íbamos a verlo al hospital. De repente llegaba yo primero y a veces él. Allá nos encontrábamos. Yo creo que Pedro se sintió solo después de eso. Como que se quedó sin familia.

-¿No mantuvieron contacto?

-Cuando mueren, tomamos distancia, porque él viajaba mucho. Iba a dar clases a Europa, a Estados Unidos. Yo tengo un negocio en Llaylay, y una vez apareció allá. "Menos mal que te hiciste un tiempo para venirme a ver", le dije. "Sí pos -me dijo-, te echaba de menos".

Sin los padres, el departamento donde crecieron quedó vacío. Jorge dice que estuvo tres años botado. Que ni él ni Pedro iban allá, porque estaban encerrados muchos recuerdos. Una vez, incluso, se metieron a robar. Daniela, una hija de Jorge muy cercana a Pedro, fue quien le contó a su padre del cáncer de Lemebel.

-La bohemia lo mató. Pero no-

sotros estamos conformes, porque estaba sufriendo mucho ya. Siempre dijo que quería estar con su mamá y quedó con su mamá.

-¿Pudieron despedirse antes de que muriera?

-No alcancé. Yo me enfermé y ya no pude ir. Tuve una infección en el pie y no podía caminar. Pasaba en el hospital. De hecho, casi me muero: tuve un paro cardíaco y se me hizo difícil ir a verlo. Fue mi hija nomás, era la única que estaba.

-¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

-Tres o cuatro días antes de que fa-

“
A Pedro de repente le decían ‘maricón’ y una cachada de apelativos más. Yo les decía: ‘Te espero afuera, afuera te las voy a dar’
”

lleciera. Lo fui a ver y entré yo nomás. Estaba en la UCI. Le dio una hemorragia muy grande y estaba mal. Pero igual le tomé la mano y le hablaba, y sé que él me escuchaba. De repente murmuraba algo y escribía. Pedía un lápiz y escribía. Le preguntaba cómo se sentía. A mí señora le pedía porotos granados o fruta.

-¿Le contó que usted también estaba mal de salud?

-Nunca le dije. Era como enfermarlo más.

-¿Cómo se enteran de su muerte?

-Mi hija se había venido del hospital. Era la una de la mañana y llaman para decir que Pedro estaba grave.

Yo estaba mal, en la cama. No podía moverme. Entonces mi hija me dice que tiene que regresar al hospital. Cuando falleció no me quiso decir, porque yo también estaba mal. Pero presentí algo esa noche.

-¿Fue extraño estar en el velorio?

-Es que nosotros éramos anónimos. El que llegaba a comer a nuestra casa era el Pedro Mardones, no el artista. No el Pedro Lemebel.

Jorge Mardones no aparece en las fotos que ilustraron la cobertura del funeral. Solo dio una breve declaración a radio Bío Bío donde dijo: "Nunca esperé que mi hermano fuera tan querido por la gente". Para este artículo tampoco quiso fotografiarse. Pedro Lemebel no dejó testamento. Sin más familiares directos, Jorge quedó como el único heredero de su obra y de las cuatro propiedades que registra: incluido el departamento en el que vivía, en el Parque Forestal.

-Yo, de libros, no entiendo nada.

-¿Les preocupa que haya gente que quiera aprovecharse de que su hermano no dejara un testamento?

-Si ahora eran todos familiares...

-¿Han pedido meterse a su computador?, ¿ver sus archivos?

-Todavía no se ha hecho nada, porque el departamento donde vivía lo cerramos. Incluso le cambiamos las chapas. Yo tengo las llaves, pero cuando fui a hacerlo iba tan mal yo, que pensaba qué voy a hacer con esto, si no entiendo nada. Entré al departamento con mi nuera y me puse a llorar. Entiendo que estaba escribiendo un libro sobre Pinochet y que tenía avanzado uno de la Gladys Marín. Queremos hacer una fundación con su nombre.

-Para eso va a tener que leer las cosas de su hermano.

-Que me las lean, y yo las escucho.

-¿No le dan ganas?

-Es que ya no leo.

-¿Qué ha pensado sobre su hermano en estos días?

-Quizá he lamentado no haber compartido más con él. S